

34º D. TIEMPO ORDINARIO. EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS 23, 35-43

En aquel tiempo, las autoridades y el pueblo hacían muecas a Jesús, diciendo:

-A otros ha salvado; que se salve a sí mismo, si él es el Mesías de Dios, el Elegido.

Se burlaban de él también los soldados, ofreciéndole vinagre y diciendo:

-Si eres tú el rey de los judíos, sálvate a ti mismo.

Había encima un letrero en escritura griega, latina y hebrea: "Éste es el rey de los judíos".

Uno de los malhechores lo insultaba, diciendo:

-No eres tú el Mesías? Sálvate a ti mismo y a nosotros.

Pero el otro lo increpaba:

- ¿Ni siquiera temes tú a Dios, estando en el mismo suplicio? Y lo nuestro es justo, porque recibimos el pago de lo que hicimos; en cambio, éste no ha faltado en nada.

Y decía:

-Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino.

Jesús le respondió:

-Te lo aseguro: hoy estarás conmigo en el paraíso

VIVIR CONSTRUYENDO EL REINO DE DIOS

Ciertamente, **«Jesús es Rey, pero no de cualquier reino, sino del Reino de Dios»**. El Reino fue el eje de su predicación, es lo que sustentó **«su vida y su misión»**. Jesús no se anunció a sí mismo, Jesús anunció el Reino de Dios.

Este Reino, que viene de Dios, **«no es ningún reducto ajeno ni separado de la vida cotidiana»**. Lo que Jesús anuncia y lo que Él mismo es, es **«el proyecto de Dios para la vida de las personas»**, para transformar sus vidas de conflictos, contradicciones y desdichas en **«historias de salvación»**. Es un proyecto que **«se dirige a todos»** pero que ha de ser **«acogido por cada uno»**.

Vivir en el Reino es **«vivir la vida de cada día con el espíritu de Jesús: en la intimidad de la oración con el Padre y sirviendo a los hermanos»**. Está claro que el Reino de Jesús **«no es de este mundo basado en la fuerza, la dominación o la riqueza»** sino que es un Reino **«de amor, de servicio, de justicia y de paz»**. Jesús es el Rey porque con estas **«armas»** tiene verdaderamente el poder de transformar el mundo y la historia. Por tanto, estas deben ser, así mismo **«nuestras armas»**, si queremos ayudar a la construcción de su Reino.

«El Reino es un don, es una gracia de Dios, pero no es una gracia barata. **«Para nosotros es una responsabilidad»**. Porque este Reino, que no es de este mundo, sí tiene que ver con este mundo. **«Jesús nos ofrece actitudes y valores que transforman a las personas y sus relaciones»** pero que suponen un **«compromiso activo»** para darle a conocer y ser críticos con el mal que nos inquieta.

El Reino no es una ideología, ni un programa político, sino algo mucho más profundo y transformador. Es un conjunto de **«actitudes que cambian los corazones»**, despojándonos de las obras del hombre viejo y revistiéndonos de las del hombre nuevo. Revistiéndonos de **«misericordia»**, de **«bondad»**, de **«humildad»**, de **«mansedumbre»**, de **«paciencia»**, de **«apoyo mutuo»**, de **«capacidad de recibir y otorgar el perdón»**, y sobre todo, **«revistiéndonos del amor, que es el vínculo de la perfección»**



Nuestro trabajo por el Reino será **«un trabajo paciente»**, como el lento crecer de la semilla plantada en nuestro corazón hasta convertirse en árbol frondoso, **«sin perder la fe y la esperanza»** en que el mundo no la ahogará, tal como nos dice Jesús en la parábola del trigo y la cizaña.

El Reino, que es don de Dios, **«está ya en todos nosotros, en este mundo, y al mismo tiempo lo trasciende»**. Acostumbrados al tiempo y al espacio, **«no podemos olvidar que nuestra vida va más allá»**. Los cristianos confesamos nuestra fe en **«la resurrección de la carne y la vida eterna»**. **«No es retórica piadosa»**. Es la más profunda verdad de nuestro ser y nuestro destino.

La respuesta de Jesús al buen ladrón que agonizaba junto a Él nos desvela algo sobre nuestra suerte al otro lado de la muerte. **«No nos espera el vacío de la nada, ni la disolución de nuestra persona en el cosmos, sino el encuentro gozoso con Jesús en el Paraíso»**.

El Evangelio afronta así uno de los grandes temores de la humanidad, **«la muerte»**, que nuestra cultura maquilla y disimula, pero la muerte es una **«experiencia universal»**. Un acontecimiento que los creyentes no entendemos como pérdida, sino como **«encuentro y plenitud»**. La interpretación cristiana de la muerte **«dignifica la vida y la llena de sentido»**. Vivir conscientes de que vamos a morir no nos sumerge en la angustia y en el miedo, sino que **«nos arraiga en la alegría de vivir y en la esperanza de un futuro feliz y sin término»**.

Damos gracias al Padre por habernos dado a conocer este Reino del que Jesús es Rey, el **«Reino de la vida y del amor»**, para que **«nuestra vida, aquí y allá, sea plena y gozosa»**. ¡Que así sea!

Parroquia de Betharram
www.parrokiabetharram.com
23 de noviembre de 2025